31. “Caregato, vaya y tráigame un armao”

César Augusto Tapias Hernández

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

TAPIAS HERNÁNDEZ, C.A. “Caregato, vaya y tráigame un armao”. In: *Historias de familia: Etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas* [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2014, pp. 135-138. Textos de ciencias humanas collection. ISBN: 978-958-738-543-4.
<https://doi.org/10.7476/9789587385434.0032>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

31. “Caregato, vaya y tráigame un armao”

*El machismo tumbero, la prosapia delincuencial, el archivo
policial, los peritos en el tema, y hasta los periodistas de
policiales, creen que la traición que sufre el ladrón casi siempre
está relacionada con una mujer.*

Cristian Alarcón, *Cuando me muera quiero que me toquen
cumbia*

Madrugada del 25 de diciembre. He salido en moto con Mónica, la hija de la tía Hael, en busca de algo para su cabeza (y la mía), y terminamos donde Luz, la ex de mi tío H, “La Cucha”, como cariñosamente le dicen los del barrio. Ella no recuerda cómo me llamo yo y entonces pregunta. “César”, dice Mónica. César... Y al comparar los ánimos con los que hemos llegado y las caras que vemos a nuestro alrededor, pienso, “¡aquí es!”. Música, ebrios y marihuana. La cosa se ve que pinta bien a pesar de tanta angustia. ¡Donde Luz se vende remedio para la angustia!

—Hey, pelada... ¿ponemos para un cabezazo o qué?

—Pero aquí vende es el moño, primo...

Pero sin problema alguno, Mónica lo resuelve ahí mismo diciendo: “Luz, tráenos un porro, pues...”.

Y Luz llama al “Caregato”, el patinador-mensajero de la plaza.

—Caregato, vaya y tráigame un armao... Acá no hay sino moño.

Luz le enseña a Mónica los traídos del niño Jesús para sus pelaos (Daniel, Tita, Mónica y Baba... y los sobrinos). Y está realmente orgullosa de haberlos conseguido ella misma, sola. El tío H los dejó hace ya algún tiempo, y entonces su frase de la noche es:

—¡H creyó que yo no podía sola!

Llega el bareto y, sin embargo, yo pienso en fumármelo de regreso adonde mi abuela... Un *man*, que está muy cerca de Luz, me mira y me ofrece un cigarrillo,

que yo no rechazo. A Mónica también le da uno. No hay cenicero y, sin embargo, Luz dice que frescos:

—Tiren la ceniza ahí, que yo barro ahora.

Luego nos presenta...

—Gafiao, él es sobrino de Tales. César, él es un amigo mío...

Y el tal “Gafiao” me saluda y me ofrece gaseosa. Acepto. Mónica dice que también quiere una. Al final, yo soy el desconocido aquí. Pienso... La prima Mónica siempre se la ha llevado bien con las primas Asiley y Mónica, las dos mayores de H. Por algún tiempo, quizás corto, incluso Asiley vivió donde Hael. Se dio entre ellas cierta confianza... Pienso que tal vez Mónica quiera hablar con ellas... A solas...

Una mujer delgada y de cabellos rizados, ya en la cumbre de su loquera, de ojos perdidos, me mira con la mirada que le queda y no cree que yo sea un Tales.

—¡Usted no tiene cara de Tales!

Cuando “Gafiao” sale por las gaseosas, Mónica aprovecha para preguntarle a Luz qué le dio ese *man*.

—¿Gafiao? —pregunta Luz.

—Sí, él mismo. ¿Qué te dio? —replica Mónica.

—Estos pisos, el jean y un dije de oro...

Se trataba de un dato ya conocido. El *man* nos lo había contado previamente, solo que Mónica lo preguntaba de nuevo como pa’ seguir hablando, y distraer los malos sabores que a veces degusta el alma. Pienso que a lo mejor ella no quiere que le pregunte: “¿qué pasa, Mónica?”. Se pondría a llorar de inmediato; pero se le nota que necesita hablar, y por eso fue que vinimos aquí... El viaje a punto de iniciar. Y en todo esto lo único que yo puedo hacer por ella es traerla a este otro lado... Pero, bueno, viendo al “Gafiao” pienso en el pobre de Tales, mi tío: pobre Tales si regresa. Lata o balín seguro que le sobra, ¡con todos estos manes como quieren a “La Cucha”! Es que a ella solo le falta bendecir a sus clientes y darles besos, para enfatizar más el amor que se reparte repartiendo vareta.

—Mi Dios le pague, cucha...

—La Virgen lo acompañe, mijo...

Hasta hace algún tiempo, el rumor era que H estaba en la ciudad de Bogotá, en la Calle del Cartucho, pero hace un par de días le dijeron a Luz que sí, que H está por allá en Bogotá, pero gordo y lleno de bambas. Que dizque va a venir a matar a Luz, es el comentario... Y a ella eso no le preocupa tanto... si mi tío H supiera lo que piensa Luz de él...

—Yo no le deseo mal a H... ¡Es el papá de mis hijos!

Y eso es seguro, incluso, de Luz siguen siendo culebra de las culebras de H...

—En estos días vi una gonorrea de flaco por allí. Me reconoció y yo le hablé: “vos fuiste el que le tiro a mi marido, gonorrea, todo bien”. Me monté un fierro y cuando volví por él... ¡nada! Se había esfumado como el humo... Por ahí me dijeron que le diera, que todo bien... Yo a esa gonorrea lo veo por ahí... Espere y verá...

Yo sigo fumando el Belmont que me ofrecieron. Llega la Coca-Cola y Luz me sorprende del todo:

—Préndase ese bareto ahí, todo bien.

—¿Aquí?

—Hágale, que todo bien, y por la ceniza fresco, brilla los pisos.

Así, pues, don César, ¡candela, muchacho!

Estamos en la habitación de Luz. Mónica y yo sentados en su cama junto al “Gafiao”. A un lado, una de la cicla “de traído de niño Dios” para uno de los muchachos y Luz mostrándonos la mercancía que le ayuda a sostenerse. Dos mancitos llegan a pedir “perico” y se van entrando a la casa como Pedro por su casa, y “Gafiao” se para de la cama y los aborda disimuladamente... como queriéndolos sacar. De buena manera, ellos copian y cogen pa’ fuera. Luz, de todas formas, interviene:

—Fresco, “Gafiao”, fresco, que ellos saben que yo estoy vendiendo...

Del palo donde pende la cortina de la ventana que da al pasillo central de la casa hay un angelito o un Niño Dios, qué sé yo. La figurita esa parece como de porcelana y tiene un hueco detrás: ahí está el polvo blanco que se vende como arroz.

—Mi Dios le pague, cucha...

—La Virgen los acompañe, hijos...

Y salen los manes esos mercados ya... ¡Mera noche buena la que tendrán! Sintiéndome medio extraño en esta casa adonde entra tanta gente, resulto ofreciendo fumadas de *Cannabis* como quien ofrece un pedazo de pan, y Luz dice “gracias, que todo bien”, y me confiesa que con H se trababa en forma, pero que al “Gafiao” no le trama eso...

Y yo me quedo mirando al “Gafiao”, pensando, mirándolo, asociando su rostro con el de un cómic, la nana de *El conde Pátula*, quizás... y me da la impresión de que lo que al “Gafiao” le trama es el perico. Solo es cuestión de ver su azare, cómo mueve la quijada. Incontrolable; pero es solo una impresión. Lo veo muy “gato”. Me da la impresión, no más la impresión, de que está “gato” de tanto esniffiffarr o güeler (¿cómo me verá yo?).

—¿Que en estos días encanaron a Mónica? —pregunta Mónica la de Hael y Luz lo confirma...

—Que dizque una vecina le delató la plaza. Y llegaron los tombos —que hasta se manejaron bien— y raqueta pa' todos...

Luz tenía una libra de marihuana que había querido guardar enseguida de su casa, pero el “Gafíao” insistió en que no: “todo bien, Luz”. ¿Todo bien? Raqueta incluso para Luz y Mónica... Cuando menos pensó Luz, su Mónica, sin dejarse tocar, sacó el perico que tenía en los pantis. Luz la mira y ya qué se podía hacer... No la encanaron por ser menor de edad; pero que era muy grosera le dijo a Luz la juez de menores que atendió el caso.

La habitación de Luz, perfumada con hierba que se quema y Mónica (la de Hael) preocupada por sus ojos rojos-rojos, y yo le contesto, mientras que le doy una palmadita: “fresca, todos saben que estabas llorando”.

Salimos de la casa de Luz. Una casa que tiene pinta de ser bien grande por dentro... Y llena de gente, que sale, que entra... Afuera los muchachos de la cuadra están armando un fogón para freír el chicharrón. Sigue siendo madrugada, y Luz, aparte, me invita a regresar a su casa. Y no espera respuesta mía, de una le dice a Mónica: “Gélica, vuelva y baje con él en estos días”.

—¿Gélica? —pregunto— ¿Por qué te dicen Gélica?

—Aquí toda la vida me han dicho así...

—Debe de ser por esos ojos tuyos que se parecen a los de mamita... ¿no? —replico.

La Mónica, que traje en moto en busca de relax, de niña era una rechoncha lo más de linda, y aún sigue siendo hermosa, a pesar de las lágrimas y de algunas palabras fuertes alojadas en sus labios. Es ella quien dijo que nos fuéramos, preocupada obviamente por la “colinera” que yo tenía. El bareto quedó hecho cenizas y el espíritu levitando con cierta sensación... La tranquilizo: “fresca, prima, que vamos despacio”.

Y aunque ella va tranquila, dignos efectos de la marihuana: el relax. No sé en realidad cómo fuimos de nuevo adonde la abuela... Despacio, a buen paso, velociferinamente... Mónica —creo— creyó en mí. Y nos fuimos juntos de regreso adonde estaban los borrachos que nos deja el Niño Dios cada diciembre en el balcón de la casa de los abuelos. Ya le había entregado su regalo de cumpleaños a la prima: una chocolatina. Solo faltaba esta historia. La maquiné en casa al despertar del viaje la mañana siguiente, bueno, en realidad la recordé para ella.